

ANTONIO IGLESIA LAGUNA. *Treinta años de novela española. 1938-1968*. Editorial Prensa Española, Madrid, 1970, vol. 1, 394 pp.

*Treinta años de novela española* viene a incrementar la serie de estudios publicados en los últimos años acerca de la novela española posterior a la Guerra Civil. Poco después del año 55 se inició una curiosa corriente de ensayos tendientes a divulgar o interpretar la novela de este período. Luego, aparecieron los libros de Eugenio G. de Nora y de Luis Alborg. No hace mucho tiempo hemos visto nuevos libros sobre el mismo tema. Los de Gil Casado, Ramón Buckley o García Viñó han tratado de captar diversas dimensiones: ya sea lo social, las técnicas modernas o una generación en especial. Este carácter panorámico y casi enciclopédico no permite un conocimiento cuidadoso de las novelas en particular; proporciona, en cambio, una visión general, muestra la existencia de una serie de obras poco conocidas y revela el contexto literario o histórico en que se produjeron. Desde esta perspectiva su valor es incuestionable. Casi todos ellos, al mismo tiempo, han intentado esquematizar u organizar la variedad en ciertas coordenadas fundamentales que pudiera permitir comprender las diversas tendencias advertibles en la novelística contemporánea dentro de España. Pese al material común con que trabajan las fórmulas propuestas, en general, son relativamente diferentes.

El libro de Antonio Iglesia Laguna no innova desde este punto de vista: proporciona un panorama de lecturas comentadas, en el cual pretende descubrir ciertas coordenadas explicadoras. Así considerado el volumen, *Treinta años...* revela dos rasgos a nuestro juicio positivos: una amplitud asombrosa de lecturas, tanto de primer como de segundo orden, en todo el período del cual se ocupa; la fácil u oportuna referencia a novelas y estudios críticos o teóricos fuera del ámbito español, lo que permite un respaldo más o menos sólido para sus juicios y, a la vez, una mayor amplitud a su marco de referencias.

También Iglesia Laguna lleva a efecto un intento de sistematización, el que funda en el método histórico de las generaciones, método al que, parcialmente —sin mucho sistema ni demostración teórica— había recurrido antes José María Castellet, en 1958. La ventaja de Iglesia Laguna sobre Castellet es que, por una parte, incluye una mayor cantidad de escritores, lo que naturalmente se explica porque lo de Castellet es un breve artículo y lo que comentamos es un voluminoso libro. Además, pretende sustentar su clasificación con un trasfondo teórico, por lo menos en apariencia, más ri-

guroso, aunque no expone o explica su posición frente a las numerosas teorías acerca del tema. En general puede decirse que se apoya en la fecha de nacimiento y, luego, en cierta sensibilidad común que advierte en los escritores estudiados. Aunque no lo dice explícitamente, se puede suponer que considera la Guerra Civil como el "hecho generacional", ya que la usa como elemento de referencia de manera bastante continua. A pesar de lo dicho, los fundamentos y las pruebas que presenta para la ordenación postulada no nos parece del todo convincente, si esperamos consecuencia teórica e histórica. Es innegable que su esfuerzo da como resultado, sin embargo, un instrumento de trabajo realmente útil y que bien sirve de apoyo para trazar algunas líneas ordenadoras en el vasto y confuso material que emana de la enorme producción novelística española del período.

En cuanto a los novelistas que han publicado a partir de 1938, distingue cinco generaciones: 1) la de 1877-1907; 2) la del decenio 1910-1920; la del septenio 1923-1930; los nacidos entre 1931 y 1935; finalmente, aquéllos que lo hicieron entre 1942 y 1945. En el primer volumen examina sólo las dos primeras, dejando para un segundo, en preparación, a las restantes. En realidad, la que adquiere una mayor preponderancia en el libro es la segunda, ya que los autores de la primera —aquéllos que habían triunfado durante la Monarquía y la República— son considerados sólo en su producción posterior a la guerra y sin el cuidado y la extensión que se le concede a los otros. Caracteriza a esta segunda como aquellos "desconocidos en 1936, que desde 1938, fueron los renovadores iniciales de la novelística española, o sea, la de los hombres que fueron a la guerra". (p. 23). Esta coincide en cierto modo con la que Castellet y otros denominan la Generación de la Guerra, aunque hay discrepancias en cuanto a los autores incluidos.

Luego de la ordenación por generaciones, el señor Iglesia Laguna lleva a efecto una clasificación interna de aquella de 1910-1920, estableciendo un rasgo común a todos los grupos: su "realismo", al que en cada caso precisa con un adjetivo. De este modo, apunta los siguientes: "realismo objetivo", en el que incluye a Salvador, Lera, Manfredi, Náchcr; "realismo histórico", Gironella, Agustí, Parcia de Pruneda, García Serrano, Benítez de Castro, Mur Oti; "realismo intimista", Carmen Laforet, Elena Quiroga, Elena Soriano, Miguel Delibes, Fernández de la Reguera, J. L. Castillo Puche y Luis Romero; por último, "el realismo lírico", entre quienes aparecen Sánchez Silva, Alvaro Cunqueiro, Pedro de Lorenzo y Torrente Ballester.

De acuerdo con este esquema existirían cinco tendencias dominantes entre los novelistas de la generación, quienes tendrían alrededor de veinte o treinta años al término de la Guerra Civil. La ordenación citada, aunque organizadora y válida de modo parcial o limitado, posee varios defectos advertibles de inmediato. Reduce la variedad y riqueza de la producción literaria a esquemas aceptables, pero en el fondo deformantes de la realidad creadora y literaria. Un aspecto importante que se escapa en distinguos de esta clase, por ejemplo, es la variedad misma existente en cada novelista y su

posible evolución, evolución natural en virtud de las circunstancias humanas, históricas o literarias que lo circundan o afectan. Ubicar a un autor dentro de uno de los compartimentos de una clasificación suele ser significativo en cuanto muestra una dimensión dominante o aquella que representó un mayor éxito en un momento determinado, pero no sugiere la transformación que pudo haber experimentado. Podríamos, además, problematizar la terminología usada. Por ejemplo, la denominación "realismo irónico" aplicado a Cela no sugiere el sentido de sus primeras famosas novelas —*La Familia de Pascual Duarte* y *La Colmena*—. Aún más, si consideramos a Camilo José Cela como el creador del llamado "tremendismo" difícilmente se entenderá la expresión a través de la calificación de "ironía". Del mismo modo es bastante cuestionable la inclusión de Castillo Puche en el grupo de los "realistas intimistas". Verdad es que varias de sus novelas nos presentan un conflicto humano interior y que algunos de sus protagonistas insisten en dudas vitales de conducta. Las vacilaciones y remordimientos del héroe de *El Vengador* en cuanto a si ha de cumplir con su voluntad inicial y la de todo el pueblo al vengarse de los asesinos de su madre y hermanos, proporcionan una magnífica oportunidad para mostrar los sentimientos y estados anímicos del protagonista. No obstante, la pintura que nos hace del pueblo —Hércula—, de las gentes, los odios, los sentimientos colectivos, las consecuencias físicas y morales de la guerra, superan el marco de la intimidad del personaje principal. Elena Quiroga también es ubicada en el "realismo intimista", lo que se explica para la mayor parte de su producción. No lo es, sin embargo, para su primera novela, *Viento del norte*. Iglesia Laguna revela una dimensión valiosa de los escritores, pero es problemática la validez, en amplitud o profundidad, en lo que se refiere a la totalidad de la obra. La clasificación propuesta nos parece más satisfactoria que otras anteriores —especialmente, la curiosa e inexplicable de Joaquín Gil Casado. Gran parte de su falla proviene de que la aplicación del método usado no es llevada a todas sus consecuencias. Sin olvidar, además, que pese a los esfuerzos de los teóricos de la literatura aún carecemos de uno realmente satisfactorio para este tipo de propósito. Creemos que una posibilidad podría darse sobre la base del examen de ciertas novelas claves o representativas de tendencias coetáneas, cada una de ellas con su propia evolución interna.

Pese a los aspectos negativos que hemos comentado, consideramos que este libro es uno de los más valiosos y útiles que se han publicado sobre el tema. Es importante para el no iniciado, ya que podrá encontrar aquí una especie de introducción a la novela española contemporánea; lo es a la vez para el especialista, porque la erudición, amplitud de lecturas, juicios críticos y comparación con novelas no hispánicas que maneja el señor Iglesia Laguna, siempre podrán servir de apertura o complementación de otros estudios semejantes. Es, además, un excelente libro de consulta. Su índice final permite ubicar fácilmente las referencias bio-bibliográficas, las que generalmente son muy completas.

JUAN VILLEGAS